

Las mujeres en las novelas de la Revolución Mexicana

Elvia Montes de Oca Navas

Acerca de la posición de las mujeres en la vida y en la ficción; Virginia Woolf hace algunas convincentes observaciones en *A room of one's own*:

“Por cierto que, si las mujeres no tuviesen existencia salvo en la ficción escrita por hombres, nos imaginaríamos que eran personas de sobresaliente importancia; muy diversas; heroicas y mezquinas; espléndidas y sórdidas; infinitamente hermosas y en extremo horribles; tan grandes como los hombres, y aún más, para algunos. Pero éstas son las mujeres de la ficción. De hecho... se les encerraba, golpeaba y zarandeaba por el cuarto: llenan la poesía, de punta a cabo, casi no existen para la historia”.¹

Otro aspecto que se manifiesta en las novelas de la Revolución es la sensación que tuvieron los hombres de pertenecer a algo más que a la “peonada”, de estar unidos por un lazo distinto que el trabajar de sol a sol para el mismo patrón. Se estableció entre ellos una fraternidad probada y ante el caudillo una fidelidad que tan sólo fue rota por la traición; entre ellos creció un sentimiento de destino compartido para luchar en favor de los más desprotegidos que eran ellos mismos, por ello no se escatimó, según las novelas, el valor y el sacrificio de los hombres y de sus líderes en el campo de batalla.

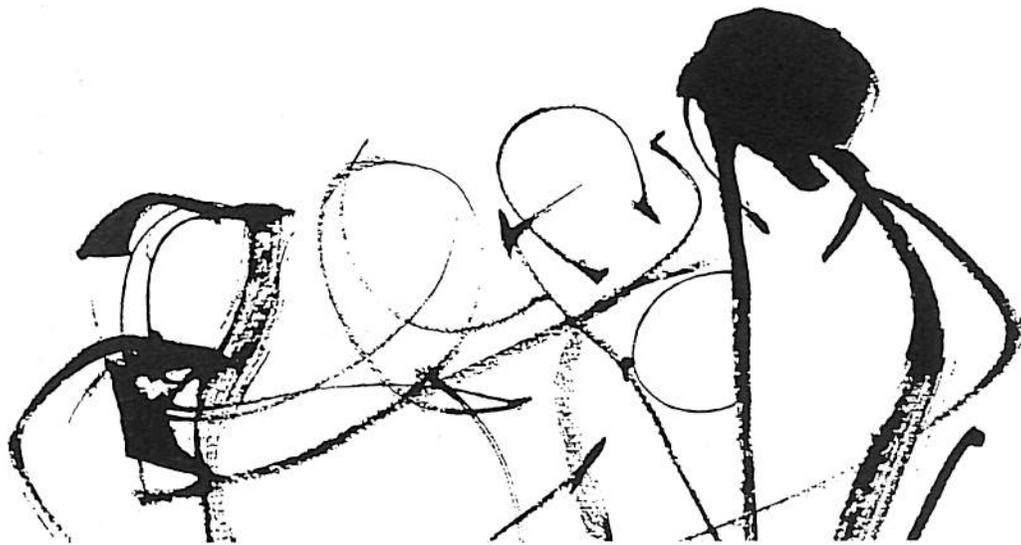
Entre algunas de las características propias de la Revolución Mexicana fue que un grueso número de mujeres se incorporó directamente a ella, compartiendo con los hombres los momentos de batalla y los de descanso. Surgió la figura de la soldadera mexicana que junto a los hombres, y al igual que ellos, tomó parte en los combates; pero en las novelas aparece deslucida, atrás del hombre, como perdida en su sombra.

En las novelas de la Revolución Mexicana la mujer aparece como un ser sin nombre ni rostro, anónimo y secundario, aunque siempre presente; la compañera inseparable del soldado con quien comparte su destino, un “artefacto masculino” que se toma y se abandona cuando ya no es útil ni necesario, un ser sin ubicación propia. No así en el corrido de la Revolución en el que la mujer ocupa un lugar importante y que generalmente el título del corrido es su nombre. En la novela se encuentran mujeres nobles y simpáticas, bravas y valientes, fieles a sus hombres, pero nada más.

En las novelas de la Revolución Mexicana quedó registrado, a menudo con los márgenes de libertad o parcialidad que se permite el autor, el movimiento armado de 1910, y se mezclaron los elementos antagónicos pero complementarios de lo que sucedió en la realidad de ese tiempo y lo que el escritor quiso en su obra que sucediera; sucesos en los que el autor fue a menudo actor del episodio que le interesó aprehender en su creación, y que por tal intransferible razón, narra una historia viva y cercana de la Revolución; el creador conoce, ha sido testigo y se ha mantenido muy cercano a las condiciones sociales concretas del México de 1910, a las ideas que dominaban el pensamiento y guiaban las acciones de los hombres de ese tiempo, la ideología, una constelación de valores diversos y en ocasiones hasta contradictorios.

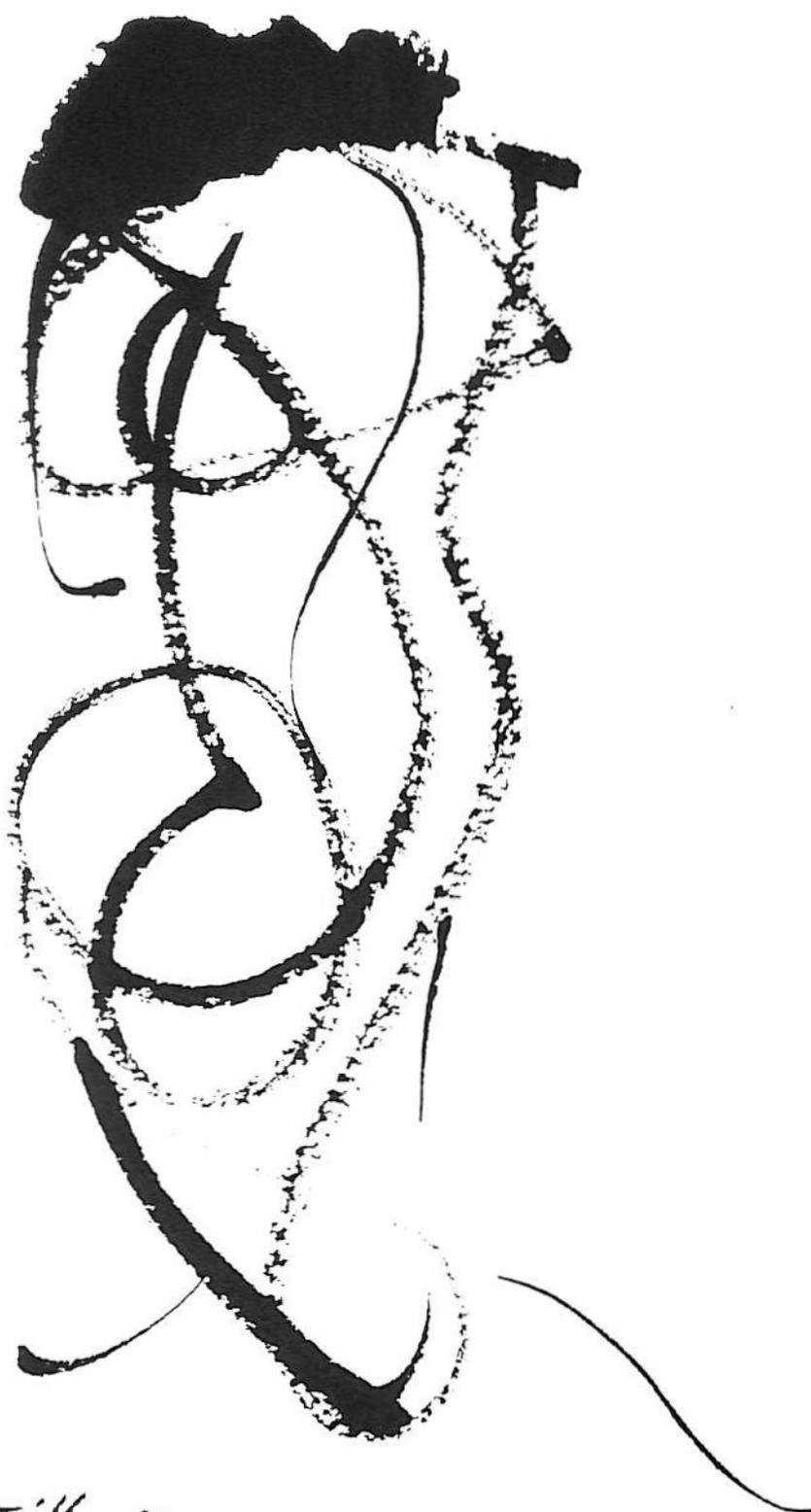
En las novelas de la Revolución Mexicana, especialmente las escritas hasta los años 40, se unieron la literatura y la historia, en ellas la imaginación y la realidad difícilmente marcaron sus fronteras, lo anecdótico y lo trascendente se cruzaron; obras en donde el autor y el actor no solamente se mezclaron, sino que se unieron en uno solo.

Estas novelas no presentan a la Revolución a través de obras monumentales, lo hacen con cuadros y episodios vivenciales, unidos todos, el autor y los protagonistas de su obra, en una causa común; la vida privada de los hombres parece desaparecer, o al menos queda oculta ante el hecho social que se desarrolla y que a todos involucra; no importan sus vidas, importan sus hechos en el campo de batalla y los escritores lo narran a través de un lenguaje sencillo y popular, aunque sean pocos los “letrados” que entonces podían leerlos.



¹ Berger, Morre. *La novela y las Ciencias Sociales. Mundos reales e imaginarios*. México, Fondo de cultura Económica, 1979. pp. 74-75.

Elvia Montes de Oca Navas. Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Es coordinadora de Docencia e investigadora de El Colegio Mexiquense.



G. Otrilla 93

La vida cotidiana de los hombres fue sacudida violentamente a partir de los últimos meses de 1910 y hasta 1917, aunque después la violencia siguió pero ya no con la intensidad de esos años. Entiendo por vida cotidiana lo escrito por Agnes Heller en su obra *Sociología de la vida cotidiana*: "Para reproducir la sociedad es necesario que los hombres particulares se reproduzcan a sí mismos como hombres particulares. La vida cotidiana es el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales, a su vez crean la posibilidad de la reproducción social" (Agnes Heller, 1991:19).

Un hecho extraordinario, la violencia y la guerra, dejó de ser extraordinario en la vida cotidiana para algunos y se convirtió en lo constante para otros, especialmente para quienes participaron directamente en la Revolución, en uno u otro bando.

La Revolución fue fuente de inspiración literaria, y, tal vez sin quererlo histórica, para escritores como Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, José Rubén Romero, otros novelistas más y una mujer: Nellie Campobello. La lectura de sus novelas permite entender elementos que en los tratados de historia no se perciben, conocer un poco más de cerca a los hombres y mujeres que formaron los ejércitos revolucionarios, comprender mejor el pensamiento y los proyectos de quienes encabezaron la lucha: Madero, Zapata, Villa, Carranza, Obregón; participar de cerca en la lucha de los hombres, escuchar sus proble-

mas, anhelos y esperanzas, sus desconciertos y decisiones rápidas y no pensadas.

Los personajes de las novelas de la Revolución Mexicana se atreven a cuestionar las condiciones en las que viven, sin embargo se impone la inevitabilidad de un destino.

Pero el convencimiento de una mejoría de la vida es completamente pasajero. Hablan de la misma miseria, de que no salen jamás de las drogas contraídas, de la mala situación de los medieros.

—Lo bueno hubiera sido no dejar que el patrón regresara a la hacienda o que se le hubiera puesto la condición de darnos tierras y libertad de trabajarlas.

—Eso no podía ser. La propiedad es sagrada. El que tiene chiche, mama, y el que no, se cría sanchito...

—Mire compa; yo he oído algo de eso de las tierras, que fueron de nosotros y que nos han quitado los abogados. Tengo la idea, pero no sé discursar. ¡Qué desgracia la de no conocer las letras!. (*Tierra*).

El hombre de campo que formó el grueso de los diversos ejércitos revolucionarios aparece, en casi todas las novelas, como incapaz para comprender a fondo el movimiento en el que estaba inmerso, su condición de explotado y de inferior lo incapacitaron para comprender los ideales y programas que representaba la Revolución. El concepto de destino dispuesto por la voluntad superior, casi siempre divino, al que el hombre común y corriente no puede oponerse, aparece en las novelas como una constante, la carencia de convicciones firmes, la facilidad con que los soldados se cambiaban de un bando a otro, su identificación con un líder próximo no con los ideales "supremos y no inmediatos" de la Revolución, todo ello es reiterativo en las novelas; pero si el grueso de los hombres carecían de ideales y programas precisos, la mujer está peor, ella no habla, no se sabe lo que piensa, nos preguntaríamos con Octavio Paz ¿acaso piensa?, sólo obedece, camina, atiende a su hombre y a los de las demás si no hay quien lo haga, les sirve en todo lo que corresponde a las "labores propias de su sexo" en el campo de batalla, sentada en el fogón y en el petate que para eso nacieron mujeres.

Gracias a las acciones de los hombres y sus líderes, dice la historia, especialmente la oficial, cambió la vida social de México, pero ¿qué se dice de las mujeres?

¿La soldadera fue una transgresora? no se dice en las novelas si su incorporación a los ejércitos fue voluntaria, casi siempre aparece como siguiendo a su compañero por no quedarse sola y sin protección, a merced de los otros que se aprovecharían de ella, o fueron raptadas y de pronto se vieran enroladas en un movimiento del cual ya no pudieran liberarse pues: “La Revolución es el huracán y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval” (*Los de abajo*).

En las novelas la mujer es propiedad de –y– para. Los soldados podían perder todo, hasta una parte de su cuerpo, pero al menos tenían una mujer a su lado, algo que podían considerar como propiedad pues “... al igual que los ricos, o incluso más que ellos, los pobres consideran a la mujer como un objeto personal, tanto desde el punto de vista emocional como psicológico”. (Kate Millet. 1975:163). No faltan “las juanas” fieles a su Juan. Podría tratarse del Juan que había perdido un brazo durante las luchas de la decena trágica, quien, aunque “mocho”, sí tenía a su Juana que le servía como sustituto”:

–Acércate junto a mí, junto a mi brazo mocho, para no echarlo tanto de menos (*Tropa vieja*).

Las mujeres se identificaron con el particular del grupo: los ejércitos revolucionarios, ya fueran villistas, zapatistas, orozquistas o lo que fueran; no se identificaron entre sí, entre quienes, incluso, llegaron al crimen por defender a sus hombres, violentas e irredentas como todas las “razas inferiores” en las que se encarnan fuerzas asociales latentes en “los de abajo” como se queja de ello Mariano Azuela. Las fuerzas naturales e incontrolables las encarna Mariano Azuela en “La pintada”, una pobre prostituta que rueda entre los hombres de Demetrio Macías quien habla de la revolución, al igual que los hombres con quien estaba, como la oportunidad para saquear y matar, para dejar libre cauce a sus instintos tanto tiempo controlados pero que al fin salieron ya sin control alguno, como la naturaleza misma, por la energía y la inteligencia del hombre. Así habla “La pintada” a quienes están cerca de ella:

–¡Qué brutos! –exclamó la *pintada* riendo a carcajadas–
¿Pos de dónde son ustedes? Si eso de que los soldados vayan

a parar a los mesones es cosa que ya no se usa. ¿De dónde vienen? Llega uno a cualquier parte y no tiene más que escoger la casa que le cuadre y esa agarra sin pedirle licencia a naiden. Entonces ¿pa qué jue la revolución? ¿Pa los catrines? Si ahora nosotros vamos a ser los meros catrines (*Los de abajo*).

Las mujeres se identificaron por ser soldaderas, pero diferentes entre sí, existe la fiel, la obediente como Camila, mujer engañada y raptada para ser entregada a Macías, a quien después se niega a abandonarlo pues ya “le ha cobrado voluntá”; y la otra, la mala, la que sirve para pasar el rato de quien dice Anastasio Montañés:

Mire compadre Demetrio; ¿a que no me cree?. Yo tengo mucha experiencia en eso de las viejas... ¡Las mujeres! i... Pa un rato...! iy mí que rato!... ¡Pa las lepras y rasguños con que me han marcado el pellejo! ¡Mal ajo pa ellas! Son el enemigo malo (*Los de abajo*).

La salvación de la soldadera estaba en la obediencia, a su hombre y a los otros, o a quien quisiera “recogerla” a cambio de protección. La enemistad entre ellas era, de ser necesario, hasta llegar a la muerte como en el caso de “La pintada” quien mata a Camila por el amor de Demetrio.

Para “La pintada” todas las demás mujeres, especialmente Camila, eran las otras. De la esposa de Demetrio Macías ella no habla, ni bien ni mal, tal vez la considera, igual que el mismo Macías, como la mujer intocable, buena, esposa y madre, fiel y obediente, quien paciente espera en su casa-jacal el regreso de su hombre. Mujer que cumple con su función procreadora, madre protectora de su hijo y de Demetrio cuando éste necesita consuelo y acude a ella, pues es para él. Diferente de “La pintada”, objeto erótico que sirve para el placer de Demetrio. Mujer procreadora y nutricia por un lado y erótica por el otro. Ellos las distinguen, y ellas se distinguen a sí mismas. La posibilidad de identificación entre las mujeres no existe. “Para cada mujer todas las demás *son la otra*” (Marcela Lagarde, 1989:32).



Aparece la figura de la mujer bella, elegante, refinada y romántica alrededor de quien se teje una historia que sucede al margen de la Revolución; o que evoca recuerdos al escritor como la Adriana de José Vasconcelos; o la mujer prohibida que es capaz de dominar al general Felipe Rojano como sucede con Gabriela en *La Escondida*; o la madre cariñosa y tierna dispuesta a prodigar siempre sus caricias y cuidados como lo hace la madre de Nellie Campobello en *Las manos de mamá*.

Nellie Campobello es de las pocas, no estoy segura si es la única, escritoras registradas como novelistas de la Revolución Mexicana hasta los 40's. Así describe a su madre:

Esbelta como las flores de la sierra
cuando danzan mecidas por el viento
Su perfume se aspira junto a los ma-
droños vírgenes, allá donde la luz se
abre entera
Su forma se percibe a la caída del sol
en la falda de la montaña
Era como las flores de maíz no cor-
tadas y en el mismo instante en que
las besa el sol

Un himno, un amanecer toda *Ella* era. Los trigales se reflejaban en sus ojos cuando sus manos, en el trabajo, se apretaban sobre las espigas doradas y formaban ramilletes que se volvían tortillas húmedas de lágrimas (*Las manos de mamá*).

Una madre a quien nunca se le vio triste ni llorando por abandonar su tierra y sus cosas, una madre a quien siempre se le veía alegre para que los otros no sufrieran las miserias y horrores de la Revolución, una *verdadera madre* que nunca se quejó de su suerte y que defendió a sus hijos contra todos a la muerte del hombre que era su fortaleza y su refugio. Una madre a quien Nellie le dice: "De nadie somos sino de usted".



93

La figura de la madre abandonada por su esposo y sus hijos que se van a la revolución, aparece frecuentemente en las novelas, la madre abnegada y buena que ruega a Dios proteja a los suyos y los espera en su casa. La otra, la soldadera que lo acompaña también es fiel y abnegada a un hombre, no sabe por qué se lucha pero ella está ahí al lado de su Juan. Aparte está la otra, la que es de todos y de nadie y que sirve para el placer de los demás, la que se masculiniza y hace y habla como los hombres para diferenciarse de las *otras* y parecerse a *ellos*, a los hombres a los que luchan y piensan, los que hacen las cosas y piensan las ideas; ellas sólo obedecen y sirven; sirven como procreadoras y nutricias, como medio de placer y como compañía.

Los hombres reconocen jerarquías entre ellos, obedecen a un jefe pero frente a las mujeres ellos son los que mandan por muy bajo que sea el escalón que ocupen en el ejército. "Del mismo modo, el más mediocre de los machos se cree un semidiós frente a las mujeres" (Simone de Beauvoir, 1990:I,22).

En las novelas de la Revolución Mexicana se manifiestan claramente los significados sociales que se le dan a las funciones biológicas sexuales, los hombres y las mujeres se distinguen por su sexo, ellas mismas así se conceptúan y a él se encadenan. En un momento tan violento, como lo fue la Revolución Mexicana, el servicio sexual fue lo único que muchas mujeres pudieron ofrecer a los hombres para poder sobrevivir; aunque a ellos les pareciera, a veces, un estorbo:

A todos y cada uno de los soldados que pasan una mujer que camina por la mitad del trilladero enfangado les dice:

—Ustedes prometieron llevarme... ¿No tienes un caballo libre?

Es la viuda que durante la noche recibió tantos agasajos. Indecisa entre quedarse a aceptar la invitación, dejó marchar el grueso de la columna y cree que sus amigos son los de la retaguardia.

—¿Y para qué puedes servirnos?

La pregunta es contestada por un oficial:

—Para espantar al enemigo.

—Usted no le creerá, pero voy a contarle; éramos unos cuantos y con nosotros iban cinco mujeres en cali-

